

Cuadernos del Sur

Número 11 ■ Setiembre de 1990

Tierra  fuego
del

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN EL ESTE*

Sergio Rodríguez L.

Vientos tormentosos del Este, verdaderos torbellinos, se presentan a finales de este siglo como queriendo demostrar una permanencia. El siglo se quiere despedir con el inicio de la caída de los regímenes burocráticos post-capitalistas, el resurgimiento de los conflictos nacionales en los Balcanes, la agudización de la competencia interimperialista, etc. Como Marx dijo, todo lo sólido se desvanece en el aire.

Los acontecimientos que se viven en Europa del Este han puesto en crisis no sólo a los diversos edificios ideológicos de quienes insistentemente señalaban la imposibilidad de que el aparato de Estado de los países de Europa del Este pudiera ser derrocado de manera pacífica. También han puesto en crisis a las corrientes marxistas, incluida la nuestra. En el caso de América Latina, esto resulta evidente. Simplemente pensamos en el papel asignado por la vanguardia revolucionaria latinoamericana a los gobiernos de Europa del Este de “retaguardia de la revolución”, instrumento fundamental para detener, así fuera parcialmente, las dinámicas intervencionistas del imperialismo americano. Este era el sustrato objetivo que explica las reacciones negativas en contra de quienes señalábamos las contradicciones de las sociedades post-capitalistas y criticábamos las monstruosas desviaciones que se llevaban a cabo en esos países. Ahora, la cuestión no puede resultar más paradójica: muchos de los que cantaban loas al campo socialista han terminado por pasarse a una posición socialdemócrata y anticomunista (que no antiburocrática); la posición que están tomando sobre Cuba refleja claramente ese tránsito del estalinismo al anticomunismo.

* Publicado en Inprecor para América Latina, Nº 4, París, Mayo 1990.

Pero sería totalmente maniqueo plantear que quienes nos reclamamos del combate de León Trotsky y de la IV Internacional estamos exentos de la crisis que han provocado los acontecimientos de Europa del Este. Estamos seguros de que hay un buen número de organizaciones autollamadas trotskistas que piensan que lo que sucede en esos países confirma lo fundamental de sus tesis. Más modestamente, nosotros pensamos que el marco de los análisis hechos por Trotsky y la IV Internacional nos proporciona elementos claves para analizar y comprender lo que está sucediendo, pero que tenemos una serie de retos teóricos y prácticos que sería aconsejable enfrentar sin ningún trauma y sin ninguna visión mesiánica. De ninguna manera tenemos la respuesta a lo que está pasando. Es más, tenemos más preguntas que respuestas. Y sólo será posible llegar a éstas a través de un método de aproximaciones sucesivas. En este sentido, el presente artículo busca constituir una aproximación a lo que está sucediendo y establecer un diálogo con quienes creyendo que el socialismo sigue siendo nuestro objetivo, están convencidos de que hoy más que nunca es necesario poner todo bajo crítica y reflexión.

Revolución y Contrarrevolución

No enfrentamos ninguna confusión al caracterizar a las explosiones populares en Alemania Oriental, Checoeslovaquia y Rumania y al inicio de movilizaciones independientes en la Unión Soviética como un inicio de revolución política. Para nosotros, lo fundamental es la entrada en acción de millones de trabajadores hasta hace algún tiempo totalmente aplastados y atomizados por el régimen burocrático. La entrada en escena de esos pueblos ha significado la liberación de una formidable energía social que viene de lo más profundo de la sociedad y que se tejió de manera imperceptible, pero que en menos de cuatro meses se expresó con una fuerza avasalladora. Con todo, este impresionante ascenso de las masas aparece en medio de un contexto internacional sumamente complejo y contradictorio. Aquí radica lo fundamental de los problemas a analizar. Hagamos un somero recuento de esos problemas.

a) Sin lugar a dudas, el problema más importante debemos ubicarlo en el tremendo desprestigio que el estalinismo trajo como herencia al socialismo y al marxismo. Incluso nosotros -los que compartimos el análisis de Trotsky- no pudimos percibir el grado de odio popular en contra de los diversos regímenes burocráticos o, más bien, cómo ese odio se fue trasladando progresivamente del estalinismo al socialismo y al marxismo.

A la luz de los actuales acontecimientos es necesario revalorar la vieja fórmula establecida por la IV Internacional en su Segundo Congreso, fórmula a través de la cual caracterizaba al estalinismo de la manera más justa:

“La burocracia ha devenido una casta incontrolada e incontrolable, extraña al socialismo y mortalmente hostil tanto al socialismo en la URSS como a nivel mundial. Posee todos los rasgos más reaccionarios de las anteriores clases dominantes -parasitismo, saqueo del excedente social, crueldad hacia los oprimidos, explotación de los productores- sin tener a cambio los rasgos progresivos- cumplir la función histórica necesaria para la introducción y la defensa de un sistema económico superior desde el punto de vista de la división del trabajo y de la propiedad de los medios de producción. Si su régimen aparece como ‘más estable’ que el decadente régimen capitalista se debe exclusivamente al hecho de que ha logrado explotar a su favor relaciones de producción superiores a las del capitalismo. Pero en realidad, durante los últimos 20 años la burocracia ha ocupado en la sociedad rusa una posición mucho menos estable que la burguesía, incluso la más decadente... La burocracia no cuenta con ninguna garantía jurídica o económica de sus privilegios. Está sujeta a un miedo perpetuo no sólo a perder sus privilegios sino, incluso, a perder su libertad individual o su vida; el terror pesa sobre esas capas privilegiadas... La burocracia no sólo no puede elaborar una ideología propia sino, además, no posee ni el instinto ni las características de una clase social; más aún, las ininterrumpidas transformaciones que ha conocido y las consecutivas ‘depuraciones’ sanguinarias (purgas) han logrado generar tal nivel de desmoralización que le ha impedido tomar conciencia de su propio papel”. (L’URSS et le Stalinisme, Resolución del Segundo Congreso de la IV Internacional. Les congrès de la quatrième internationale, Tomo 3, Ed. La Breche).

Toda esta situación fue vivida día tras día por millones de seres humanos que sentían que vivían ahogados en un sistema cerrado y aplastante. Y claro, al inicio de su revuelta, no hicieron una diferenciación entre esta monstruosa desviación y el socialismo. En ese sentido, hasta cierto punto era inevitable que al inicio de las rebeliones populares el sentimiento anticomunista se desatara de una manera violenta.

b) Desde hace 15 a 20 años, el conjunto de países del llamado “socialismo real” empezó a vivir un profundo deterioro económico. ¿Cómo fue que se dió ese deterioro? La respuesta no es simple. Es indudable que en el caso de la Unión Soviética las bondades de un sistema no totalmente basado en las leyes del mercado le permitieron un impresionante desarrollo económico.

Basta recordar el estado que guardaba el aparato productivo bajo la Rusia zarista y compararlo con el que guardaba, en especial, en los 50's y los 60's, décadas en las que la URSS se ubicó como la segunda potencia industrial y militar (y esto, a pesar de no contar con un sistema real de planificación democrática y de que el pillaje burocrático se presentaba en toda su extensión.

El inicio de la caída de la tasa de crecimiento de la URSS coincidió precisamente con la recesión económica en los países capitalistas en los años que van de 1973 a 1975. Fue en este momento que resultó más evidente la incapacidad de la gestión burocrática de desarrollar las fuerzas productivas más allá de la fase de acumulación extensiva, en especial de bienes de capital. Esta crisis trajo consecuencias devastadoras para las conquistas sociales de los trabajadores.

c) Evidentemente, las raíces de esa crisis económica hay que buscarlas en la gestión burocrática. Pero no sólo ahí. La recesión generalizada que el capitalismo vivió de 1973 a 1975 fue de tal dimensión que obligó a una reestructuración económica global. El proceso de reorganización del trabajo y las modificaciones tecnológicas comenzaron a aplicarse en los sectores clave de las economías de los países industrializados. El desarrollo de industrias nuevas con alta tecnología y la reestructuración económica de los sectores más tradicionales -reestructuración hecha en función de un incremento en la productividad del trabajo-, se combinaron con el cierre de fábricas, el despido de miles de trabajadores, la introducción de nueva tecnología y la reorganización del trabajo con el objetivo de limitar al máximo a los sindicatos y, en general, a cualquier tipo de estructura colectiva.

Todo esto se hizo al amparo ideológico de "la modernización". Así, se empezó por echar por tierra la vieja organización científica del trabajo (los métodos Taylor y Ford) para instrumentar los métodos japoneses, métodos que, con una presentación democrática, reestructuraron el mundo del trabajo al eliminar su rigidez y sustituirla por una flexibilidad que se llevó entre las patas algunas de las más viejas e importantes conquistas obreras, en especial las que permitían cierta injerencia de los trabajadores en el control de la producción y las cadencias de trabajo.

De alguna manera, todas estas modificaciones históricas se llevaron a cabo sin que se diera una respuesta a la altura de las circunstancias. En este sentido, podemos hablar de una derrota en frío de la clase obrera de los países imperialistas, en especial de Japón, Alemania, Estados Unidos y Francia. Así, la recesión de 1981 no alcanzó la misma dimensión de la de 1973-75 en los países imperialistas. Trajo, en cambio, consecuencias devastadoras en los

países del llamado Tercer Mundo y en los Estados obreros burocratizados. Por lo que hace a estos últimos, las modificaciones tecnológicas y las mutaciones en el mundo del trabajo aumentaron la brecha en la productividad del trabajo respecto a los países imperialistas. Mientras los Estados obreros burocratizados se veían en la obligación de mantener el pleno empleo, los países imperialistas recomponían un ejército industrial de reserva que ha jugado un papel clave en el deterioro de las conquistas sociales de la clase obrera. En unos cuantos años, los mal llamados países socialistas pasaron a ser países con un nivel tecnológico y productivo similar (o incluso peor) al de los países semi-industrializados del Tercer Mundo. Era imposible, por supuesto, levantar una alternativa productiva a la reestructuración capitalista desde la óptica de la organización burocrática. Porque si en el capitalismo el mundo del trabajo era un mundo jerárquico y obsoleto, en los países postcapitalistas lo era mucho más. La burocracia nada tenía que ofrecer como alternativa a la flexibilidad laboral. La única opción real hubiera sido la ruptura del mundo rígido y cerrado de la burocracia para pasar a la flexibilidad socialista, es decir, a la planificación democrática, la única y posible modernización desde abajo. Pero para alcanzar esto, es necesario darle todo el poder a la clase obrera y a sus organizaciones. Y esto, como lo hemos visto, es más temido por la burocracia que por la burguesía. Y para impedir que esa respuesta saliera a flote -como ya lo había comenzado a discutir *Solidaridad*- fue que Gorbachov planteó la *perestroika*.

d) La crisis polaca puso sobre aviso a la burocracia soviética. La fuerza y el carácter inicial del movimiento de *Solidaridad*, así como la fuerza que en su seno adquirieron las corrientes radicales, llevaron a una parte de la burocracia soviética a reflexionar seriamente. Era necesario impedir el desarrollo de movimientos de masas autónomos e independientes tan poderosos como *Solidaridad*, pues éste representaba una revolución desde abajo y un proyecto de reorganización del país desde los talleres mismos de las fábricas, *Solidaridad* era algo más que un sindicato : era la autoorganización global de la sociedad.

Lo que hasta ahora hemos visto es totalmente diferente. Ni siquiera en el momento más radical de las movilizaciones en Alemania Oriental se alcanzó el nivel de autoorganización alcanzado en Polonia en 1980-81. En esta ocasión, la principal característica de la dinámica de la lucha antiburocrática ha sido que si bien la clase obrera ha sido partícipe fundamental de la lucha democrática, no ha contado con una estructura organizativa como clase. Su independencia política y sindical, por lo tanto, sigue sin ser conquistada.

Este hecho le ha dado a la rebelión popular el carácter de rebelión "civil", característica que más conviene a los planes del imperialismo y de la burocracia. Pareciera que los términos ético-civiles han sustituido al lenguaje de clase. Esto tiene que ver, por supuesto, con el hecho de que la burocracia anuló totalmente los derechos ciudadanos.

e) La situación anterior ha ido al parejo de un problema nodal en estas primeras fases de crisis del estalinismo: el no surgimiento de corrientes socialistas alternativas con una influencia de masas significativa. La sífilis del estalinismo ha creado tal nivel de anticuerpos que todo aquel que se presenta ante la población como socialista es visto con sospecha. Presenciamos, en cambio, el surgimiento de corrientes fascistas, chauvinistas y antisemitas que han logrado despertar un apoyo de masas, hecho que está siendo aprovechado por los sectores burocráticos que siempre mantuvieron posiciones políticas cercanas al fascismo. La debilidad de la izquierda y el fortalecimiento de los sectores derechistas de la sociedad han generado una confusión muy grande.

No hay que olvidar, por otra parte, la forma en que estos países cambiaron de sistema. Con la excepción de Yugoslavia, los demás fueron negociados sobre un tablero.

Los acuerdos de Yalta y Posdam determinaron el paso de millones de seres de un capitalismo de opereta a una sociedad post-capitalista profundamente dictatorial y cerrada. No hay que olvidar que los Balcanes fueron el pretexto para el estallido de la Primera Guerra Mundial. Si bien la derrota de los imperios alemán y austríaco significó la conformación de Estados nacionales, estos países fueron inmediatamente víctimas del revanchismo de los fascistas alemanes. Casi sin transición, esos países pasaron del domino austro-alemán al dominio soviético. En otras palabras, la conformación de verdaderos Estados-nación sigue siendo una tarea pendiente. Esta situación ha despertado un sentimiento nacional que muchas veces raya en la xenofobia. En el pasado, este sentimiento fue asociado a un antiimperialismo natural porque el dominio era de las potencias imperialistas. Ahora es asociado a un anticomunismo casi visceral porque el dominio era de la Unión Soviética.

En conclusión, podríamos generalizar y decir que en esta primera fase de la lucha antiburocrática la conciencia nacionalista ha predominado sobre la conciencia socialista democrática. Una vez más, sin embargo, no hay que confundir el inicio de un fenómeno social con su devenir y su conclusión. Porque si bien es cierto que en la caída de las burocracias estalinistas las corrientes que más han avanzado son las pro-capitalistas derechistas, es muy di-

fácil pensar que ya se ha creado un nuevo orden de cosas. la balcanización del mundo no ha terminado; apenas comienza de nuevo. Y si bien ahora nos tocó a los socialistas pagar los platos rotos del estalinismo, luego -y no dentro de mucho tiempo- el imperialismo tendrá que pagar su cuota. Y si no, al tiempo.

f) Finalmente, otro elemento que ha jugado un papel fundamental en la actual coyuntura ha sido la no sincronización del avance revolucionario (dándose, por el contrario, la sincronización del avance ideológico de la derecha). Y, ni modo, la responsabilidad recae de nueva cuenta sobre los aparatos de control de la clase obrera tradicionales de los países imperialistas, en especial de la Europa capitalista.

La misma caída del “campo socialista”, el desarrollo de la *perestroika* y al conformación de una nueva Entente política entre la burocracia soviética y el imperialismo han traído consecuencias negativas para las posibilidades de la lucha revolucionaria en los países del llamado Tercer Mundo. Al mismo tiempo, el fracaso económico de los países postcapitalistas ha traído como consecuencia el reforzamiento de posiciones conformistas al interior del movimiento obrero europeo. Para este movimiento, el modelo de los países del Este resulta totalmente abominable; no hay nada que lo atraiga ni en el terreno económico ni en el político, el cultural o el social. La Europa capitalista, en cambio, ejerce un poderoso influjo sobre los trabajadores de Europa del Este no sólo en el terreno económico sino, incluso, en los demás. Así pues, conviene tener claro que no estamos viviendo un ascenso de la revolución mundial ni nada por el estilo. Estamos viviendo un momento de transición en el que el estalinismo ha hecho tocar fondo al socialismo. Aún así, se apresuran quienes ya entonan requiems.

La historia de la lucha política nos enseña que el combate por el poder no se juega en una sola vía. La revolución no es un “paseo solitario” en el que todas las etapas están preestablecidas. La revolución siempre va acompañada de la contrarrevolución. En algunos casos la primera precede a la segunda; en otros, sucede lo contrario. La posibilidad de una implica la otra. El gran ascenso de masas en Europa del Este es el inicio de una revolución política, pero también el inicio de una contrarrevolución capitalista. En esta primera fase, la contrarrevolución va ganando hegemonía. Pero todavía no se dice la última palabra.

Los límites de la reabsorción

La posibilidad de una restauración del capitalismo en los países de Europa del Este es una posibilidad real. Pero los obstáculos también son inmen-

sos. Restaurar el capitalismo en el conjunto de estos países (no sólo en algunos) implica retos muy grandes para los centros imperialistas. En la práctica, estaríamos hablando de un nuevo plan Marshall. Pero un plan de esta naturaleza no se decide tan fácilmente. De acuerdo a una serie de especialistas, aplicar un nuevo plan Marshall en esos países requeriría de aproximadamente 170 mil millones de dólares.

Esto tiene que ver, por supuesto, con el hecho de que a pesar del incremento de la inversión extranjera, las sociedades mixtas representan sólo el 1% de la producción en la URSS y con el hecho de que la totalidad de las joint ventures instaladas en Europa del Este y la URSS corresponde a un capital de 5 mil millones de dólares. A nivel de créditos externos, el problema es también bastante complejo. A pesar de que Lech Walesa fue recibido por el Congreso estadounidense como si fuera jefe de Estado, hasta ahora no ha conseguido una reducción significativa de la deuda externa ni, más aún, un acuerdo como el alcanzado por México en función del plan Brady. Hasta ahora, la banca mundial se ha comprometido a otorgar créditos a Polonia por un monto de mil millones de dólares, cantidad que evidentemente en nada soluciona los problemas económicos de ese país. Y el panorama que los demás países de Europa del Este vislumbran no es muy diferente: la Comunidad Económica Europea ha señalado que lo más que puede otorgar a manera de crédito son 20 mil millones de dólares.

Lo limitado de la ayuda imperialista se explica por varios motivos.

a) Los países del Este no son los únicos que demandan créditos. El problema de la deuda y de nuevos créditos se ha convertido en un problema de primer orden para los gobiernos imperialistas, sobre todo en el caso de los países del Tercer Mundo y, particularmente, en el de los países latinoamericanos. El imperialismo sabe que no puede canalizar lo fundamental de los recursos monetarios excedentes hacia Europa del Este a riesgo de una evolución sumamente peligrosa en países como Argentina, Venezuela o Brasil. La crisis ha alcanzado tal nivel que la posibilidad del estallido de crisis políticas de los gobiernos puede desembocar en una agudización extrema de enfrentamientos sociales, especialmente en el caso de Brasil. Y para el imperialismo estadounidense, Brasil (como México y Argentina) es mucho más importante que Polonia; Bulgaria o Rumania.

b) El objetivo fundamental del plan Marshall fue recuperar el nivel de producción de varios países imperialistas que habían sido devastados por la guerra. Este no puede ser el mismo objetivo en el caso de Europa del Este. Si esos países vuelven a la lógica del capitalismo, no será a partir de su con-

versión en países imperialistas sino en países semicoloniales dependientes (quizás con la excepción de Checoslovaquia). Por lo tanto, las inversiones que se realicen tendrán como objetivo la sobreexplotación de la mano de obra, es decir, el saqueo por medio del establecimiento de un intercambio desigual.

c) En este sentido (como siempre sucede con las inversiones que buscan mercados de países semicoloniales), los inversionistas exigirán la estabilidad social que garantice su capital. Y esto no resulta muy factible si atendemos a la situación política presente en el conjunto de esos países. La caída de las burocracias estalinistas no ha ido acompañada del establecimiento de regímenes fuertes y sólidos.

Pero la inestabilidad no se reduce al terreno electoral. Los conflictos nacionales también afectan cualquier proyecto. Al romperse el orden burocrático y ante la existencia de verdaderos mosaicos nacionales, las fuerzas políticas más disímolas se han lanzado a la acción, cuestionando la existencia de los Estados como tales. A los problemas nacionales hay que agregar los religiosos. Es muy difícil, pues, pensar en un clima de estabilidad atractivo a las inversiones extranjera

d) El derrumbamiento de los aparatos burocráticos se expresó no sólo en la caída de los regímenes sino también en la ruptura al seno de las organizaciones de masas. En especial en los sindicatos, esta ruptura significó la aniquilación de la vieja estructura sindical corrupta. Aún así, no ha surgido una estructura alternativa. Es indudable que la clase obrera fue partícipe fundamental en la rebelión popular. Esta participación, sin embargo, no generó nuevas estructuras organizativas que le permitieran contar con un peso mayor en el proceso de cambio de la sociedad.

Pero lo real es que tampoco ha surgido una nueva estructura organizativa al seno de la clase obrera que garantice la transición al capitalismo. La doble contradicción en la que se encuentra la clase obrera de estos países refleja lo contradictorio de la situación social. Por lo que hace a la inversión imperialista, es evidente que se requiere de un nuevo aparato burocrático que domine a los trabajadores y los lleve a aceptar la transición al capitalismo. En este sentido, el imperialismo utilizará a fondo a la socialdemocracia y, en el caso de Polonia, al propio Walesa (Polonia es el único país en el que la conversión de la dirección sindical ha permitido la conformación de una nueva burocracia sindical colaboracionista) para la formación de nuevos sindicatos controlados. Sin embargo, es en el terreno de la clase obrera (la que, por lo demás, constituye la impresionante mayoría de esas sociedades) donde la

disputa no ha terminado. Es más, apenas comienza.

e) La transición al capitalismo traería como consecuencia una gran diferenciación social. De manera inevitable, esta diferenciación implicaría confrontaciones. El problema al que se enfrentarán quienes conduzcan la transición es claro: ¿de dónde saldrá la burguesía nativa? Este es un problema muy importante. De nueva cuenta, Polonia es el país en el que este proceso va muy adelantado. Ahí presenciamos cómo es que la *nomenklatura* se transforma en un nuevo empresariado. A la larga (y no tan a la larga) los trabajadores se enfrentarán a los mismo a los que ya se han enfrentado... con una diferencia: éstos ya no podrán usar la máscara del comunismo.

A nivel de la clase obrera, por otro lado, habrá que ver quiénes están dispuestos a quedar desempleados. Los trabajadores de esos países no están acostumbrados a los niveles capitalistas de desempleo.

La lógica de la ganancia traerá como consecuencia la sobreexplotación del trabajo, los despidos, la reducción del gasto público, etc. Adoptar una política económica de esa naturaleza no fue fácil. Los promotores de la transición al capitalismo (desde el seno de la misma burocracia y desde afuera) hicieron lo más fácil: aprovechar y canalizar la caída del aparato estalinista. El problema es que ahora se enfrentan a una situación totalmente inédita: ¿Cómo reconstruir un aparato de Estado capitalista? Serán ellos los que ahora pasen a administrar la crisis; bajo otra lógica pero en medio de grandes contradicciones.

Una vez pasadas las elecciones en Alemania Oriental, la actuación de los gobiernos europeos, y en especial el de Alemania Federal, comenzará a cambiar. Esto es muy importante en la medida en que todo mundo se dió cuenta del cambio operado en la sociedad alemana entre la caída de Honecker y las elecciones en función de un movimiento de masas impetuoso y bastante radicalizado con claros ribetes chauvinistas y xenófobos. En esa mutación tuvieron mucho que ver el gobierno de Alemania Federal y sus promesas.

Una última cuestión que avanza en lo que indudablemente será el estallido de crisis sociales significativas en el marco de la reabsorción capitalista la encontramos en el tipo de países que se crearían si se concreta el proceso de restauración capitalista. Hasta ahora ha sido posible engañar a la población de esos países en función de un mundo capitalista próspero. Se ha querido vender la idea de que los obreros de los mismos no tienen nada que perder y sí mucho que ganar. Se quiere crear la impresión de que Polonia o Rumania rápidamente pasarán a ser Alemania o Japón, esto es, que pronto alcanzarán un impresionante nivel de desarrollo capitalista. Muy pronto los ha-

bitantes de esa parte del mundo comprenderán que en el mundo capitalista existen no sólo Alemania o Japón sino también Haití, Bangladesh, El Salvador o México. Es evidente que el resultado de las transformaciones que se están llevando a cabo no será el surgimiento de nuevos países poderosos sino de nuevos países semicoloniales, totalmente dependientes y saqueados por el imperialismo.

América Latina y los cambios en el Este

La quiebra del mal llamado campo socialista en sus primeras manifestaciones políticas no proletarias o socialistas ha debilitado la correlación de fuerzas entre los sectores populares y el imperialismo en América Latina. La respuesta del imperialismo ha sido su intervención en Panamá, el financiamiento de la campaña electoral de Violeta Chamorro en Nicaragua, el apoyo total al gobierno de El Salvador y el diseño de toda una política de agresión en contra del Estado cubano, política que hoy se presenta en función de la intervención de una señal electrónica pero que mañana puede hacerlo a través de la intervención militar.

Bien podemos decir que en un primer momento la derecha se apropió de algo que casi por definición nos correspondía: la caída del Muro de Berlín. Y es aquí donde más claramente se revela el carácter profundamente reaccionario de la *perestroika* soviética. En la práctica, la *perestroika* ha significado, antes que nada, la celebración de una nueva Entente con el imperialismo, esto es, una “modernización” de la política de “el socialismo en un solo país” o de la “coexistencia pacífica”.

Es cierto que la actitud del gobierno cubano, y en especial la del comandante Fidel Castro, ha contribuido a que este proceso avance todavía más. Castro ha cometido un error que, de no corregirse, traerá consecuencias incalculables: identificar a los Honecker, Ceausescu, Husack y compañía con el socialismo. Lo que Fidel no entiende (o no quiere entender) es que la burocracia de estos países provocó tal grado de deformaciones que facilitó enormemente el trabajo del imperialismo, que sus políticas han sido políticas que, a la larga, a los únicos a los que han servido es a los gobiernos de los países imperialistas.

Esta falta de entendimiento de Fidel tiene que ver con el modelo de poder político desarrollado en Cuba. El problema clave que la sociedad cubana tiene que resolver no es simplemente el de la realización de elecciones parlamentarias o presidenciales (lo que no nos parece incorrecto o innecesario).

Nosotros no cometemos el error de confundir democracia con elecciones. Las elecciones son una expresión de la democracia, pero, en modo alguno, la quintaesencia de la misma.

En Cuba (como en todos lados) estamos por el pluralismo y por elecciones libres y soberanas. Pero también estamos por que el pueblo gobierne directamente. Y para que esto sea real no basta con que formalmente existan estructuras organizativas populares. Se necesita, además y fundamentalmente, que el pueblo discuta, apruebe y ejecute las decisiones fundamentales de la vida económica, política y social.

Es verdad que la posición de Castro se ha visto reforzada por el avance de las corrientes anticomunistas en los países de Europa del Este. Recientemente, los gobiernos de Checoslovaquia, Rumania y Hungría se solidarizaron con la demanda del imperialismo estadounidense de juzgar las violaciones a los derechos humanos en Cuba. Pero el problema no es si hay o no hay violaciones (a nosotros nos parece que sí las hay y que deben ser condenadas). El problema es qué autoridad moral puede tener el gobierno de Bush para juzgar a Cuba luego de la invasión a Panamá.

Trotsky tenía una fórmula que en lo fundamental nos sigue pareciendo correcta: la democracia de los países imperialistas es un lujo basado en el saqueo económico de los países pobres. Por eso consideramos que la tarea clave de los pueblos de América Latina es defender la revolución cubana. Por nuestra parte, además de participar en esta defensa, seguiremos insistiendo en la necesidad de que sea efectivamente el pueblo el que gobierne.

Esta crisis ideológica ha traído consecuencias nefastas para la izquierda latinoamericana. Estamos presenciando el surgimiento de corrientes socialdemócratas (posibilistas, gradualistas) al interior de los partidos revolucionarios, corrientes que apabulladas por la situación internacional abandonan en la práctica la lucha por el socialismo. La derrota electoral del Frente Sandinista abona en este sentido. Precisamente por ello no podemos cometer el error de hacer vanal lo que sucedió en Nicaragua.

Conclusión

Podríamos decir que en esta primera etapa de la caída de las dictaduras burocráticas la derecha ha sacado la mejor parte. Como señalábamos anteriormente, la revolución siempre va acompañada de la contrarrevolución. En el terreno ideológico, la derecha ha comenzado a elaborar su visión sobre el supuesto "fin de la historia" o sobre la necesidad de abandonar las utopías so-

ciales y pasar al campo del pensamiento débil. El problema es que las teorías fuertes, de cambio, no fueron elaboradas por un cerebro brillante, sino en función de situaciones sociales determinadas. Mientras siga habiendo explotación, miseria, opresión, racismo, etc. se necesitará de teorías fuertes y de utopías. Se requerirá también de la vanguardia.

La historia no ha llegado a su fin. Estamos viviendo la fase negativa de un proceso social que no se detendrá con la caída de las dictaduras estalinistas. Esta fase negativa puede aparecer ante nuestros ojos como algo apabullante pero, tarde o temprano, el proceso recobrará su impulso inicial. Esta fase negativa nos está dejando lecciones fundamentales y de ella saldrá una concepción socialista más sólida y más fuerte. El estalinismo ha sido barrido y ese solo hecho nos abre un panorama político prometedor, a condición, por supuesto, de mantener un espíritu abierto. Esto no significa echar por la borda nuestra teoría. Con Trotsky, seguimos pensando que más allá de lo que sea necesario cambiar, hay algo del marxismo revolucionario que no estamos dispuestos a modificar: siempre nos hemos situado (y lo seguiremos haciendo) en función de los explotados y los oprimidos. Esa es nuestra convicción y ésa será nuestra práctica. Esta no es la primera crisis, ni será la última.

EL VIEJO FANASMA
